

FERNANDO J. DEVOTO
(DIRECTOR)

HISTORIADORES, ENSAYISTAS Y GRAN PÚBLICO

LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA
EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS
(1990-2010)

Fernando J. Devoto / María Elena García Moral
François Hartog / Eduardo Hourcade
Nora C. Pagano / Martha Rodríguez
Luis Alberto Romero / Julio Stortini

Editorial Biblos

Índice

Prefacio	
Fernando J. Devoto	9
El historiador en un mundo <i>presentista</i>	
François Hartog	15
¿El fin de la historia social?	
Luis Alberto Romero	29
La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos	
Nora C. Pagano	39
En torno a la Biblioteca del Pensamiento Argentino y su lugar en la historiografía argentina	
Eduardo Hourcade	69
El <i>revisionismo</i> en los 80 y 90: ¿el anquilosamiento o la convalecencia de <i>una</i> historia militante?	
María Elena García Moral	79
Rosas a consideración: historia y memoria durante el menemismo	
Julio Stortini	97
Los relatos exitosos sobre el pasado y su controversia	
Ensayistas, historiadores y gran público, 2001-2006	
Martha Rodríguez	117
Los autores	139

Prefacio

Fernando J. Devoto

Es bastante sencillo coincidir en un diagnóstico: la historiografía actual vive momentos que pueden definirse, a la vez o alternativamente, como de crisis y de transformación. ¿Dos caras de una misma moneda o dos formas de mirar el problema? Desde luego que a los mismos historiadores que conviven con el proceso, pese a que su profesión los debería habituar a percibir cambios, tendencias, crisis y continuidades, les es difícil orientarse en ese proceso de contornos inciertos y horizontes de futuro inescrutables en el cual ellos mismos están insertos. Esa situación hace que las miradas acerca del estado de la historiografía que los mismos historiadores proveen no sean coincidentes. Junto a optimistas que perciben el problema o bien como episódico o bien como una crisis de crecimiento conviven aquellos que ven con perplejidad y pesimismo el futuro de una antigua profesión que no parece poseer ya ni el reconocimiento social e institucional ni las certezas de antaño. Conviven también con aquellos otros (quizá los más) para los cuales el día a día de su trabajo profesional los aleja de preguntas incómodas acerca de su propia tarea. En cualquier caso, otras afirmaciones generales pueden sostenerse con bastante consenso. Entre ellas, por ejemplo, que más allá de inevitables provincianismos o de las modulaciones específicas (y en muchos puntos intransferibles) que las transformaciones adquieren en cada contexto nacional, no se trata de fenómenos localizados en un espacio dado sino en un territorio muy vasto puesto que engloban a la gran mayoría sino al conjunto de las prácticas historiográficas actuales en el hemisferio occidental.

Los trabajos reunidos en este libro proveen, a la vez, diagnósticos, estados de la cuestión e interrogantes de distinto tipo. Son el resultado de ponencias presentadas en distintos eventos académicos organizados o coorganizados por el Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina del Instituto Ravignani de la Universidad de Buenos Aires en el marco de un proyecto UBACYT acerca de “La historiografía en los últimos veinte años”.¹ Con

1. Proyecto UBACYT FI O53 (Programación 2006-2008), “La historiografía argentina en los últimos veinte años”, con cuyo aporte se ha editado este libro.

excepción del primero, escrito por François Hartog, los restantes se refieren al caso argentino y dentro de él exploran algunas trayectorias académicas o a otras corrientes en pugna o alternativas a ella, desde la historia militante hasta el ensayo de difusión masiva.

El artículo de Hartog que abre el libro brinda un conjunto de preguntas y sugerencias que pueden servir muy bien para enmarcar la situación actual de la historiografía argentina desde una perspectiva más general. Tiene además la virtud de incorporar en esa lectura a otros actores ajenos a la profesión, desde las elites políticas o gubernamentales (y podríamos agregar los ensayistas de todo tipo) hasta las personas corrientes, lo que nos permite recordar algunas cosas importantes que los historiadores suelen olvidar: que los avatares de la profesión no dependen sólo ni principalmente de ellos así como que ellos tampoco pueden reclamar con éxito un monopolio en el papel de mediadores entre el presente y el pasado. Para bien o para mal, muchas otras figuras operan en él y construyen desde afuera una imagen de lo que es la historia y de cuáles son los límites reconocidos a los principios con los que los historiadores tratan de legitimar su tarea. Sobre el caso europeo, observó Kryzstof Pomian, más allá de las protestas de los historiadores académicos, el resultado concreto en los hechos es una especie de negociación permanente entre éstos y la opinión pública.

Aunque la intromisión de otros actores en la historia y en sus usos sea algo verificable en casi todas partes, las diferencias de grado entre casos nacionales pueden ser marcadas dado el prestigio mayor o menor de que gocen las instituciones académicas y la cultura *savant* en general en una sociedad determinada. Lo son también según sean las características culturales específicas de las elites estatales, y el grado y el tipo de intervención que se planteen sobre el pasado y según la relación específica que con éste establezcan los diferentes colectivos que componen una sociedad. Todo ello puede ser el resultado tanto de un proceso de largo plazo de construcción de imaginarios sociales como de fenómenos cercanos en el tiempo que mantienen abiertas en una sociedad determinada querellas profundas en torno a él.

En cualquier caso, la pregunta más inquietante que nos propone Hartog tiene que ver con una cuestión más general que él denomina “régimen de historicidad” y que se concentra en la experiencia del tiempo que existe en una época dada. El mismo parece estar en el centro de las relaciones entre historia, memoria y patrimonio y en la comprobación de hasta qué punto la primera aparece en la actualidad en una situación de debilidad en relación con las otras. Tema ligado, como sugiere Hartog, a que vivimos en sociedades dominadas por una percepción “presentista” de aquella experiencia (o también a otras razones) pero que, en cualquier caso, parece sacrificar la historia ante el altar de la memoria. Es decir, sea reemplazar el conocimiento y la comprensión del pasado por el uso público del mismo, sea suprimir el pasado

en tanto que pasado para trasladarlo al presente. ¿A más memoria, menos historia y viceversa?

Podría todavía irse más allá y preguntar hasta qué punto el debilitamiento de las concepciones “científicas” (u otras lecturas positivistas) de la historia, que el momento post 68 trajo consigo en las sociedades occidentales, no significó un fuerte debilitamiento de los principales argumentos de que disponían los historiadores para reclamar un lugar preeminente como mediadores e intérpretes legítimos. Y, más allá aún, también puede preguntarse hasta qué punto la renuncia de tantos historiadores a brindar una interpretación del pasado para concentrarse o en el exasperado monografismo o en una sofisticadísima pero no siempre conducente exploración de problemas conceptuales o de lógicas sociales en contextos situacionales —que brindan sugerentes perspectivas acerca de los mecanismos de interacción humana pero no nos ofrecen una lectura de éstos—, ¿no son espacios que los historiadores dejan libres que inevitablemente van a ser ocupados por otros? Para resumirlo en una frase: más y mejor historia como la que hoy se practica no parece llevar a una mejor indagación de la explicación acerca de las relaciones entre el pasado y el presente.

Ciertamente, la situación es ambigua en muchos planos. El debilitamiento de las precedentes visiones lineales y teleológicas o de las reconstrucciones esquemáticas, tributarias de teorías sociales que demostraron no ser suficientemente comprensivas de la acción humana, han permitido una historia más atenta a matices y a complejizaciones. La admisión de que el pasado es más opaco que lo que creían los venerables historiadores eruditos de tiempos pretéritos incrementa las precauciones, obliga a refinar los instrumentos de indagación y orienta a explicaciones más cautas y matizadas, y todo ello signa nuevos avances en la profesión. Sin embargo, también parece generar lo que hace muchos años ya Rafaele Romanelli llamaba “pérdida de sentido” y “suspensión del juicio”. Es decir, interpretaciones ambiguas o incluso el abandono de cualquier voluntad de brindarlas. Asimismo, la emancipación del pasado respecto del presente, resultado al fin de que el futuro se había emancipado antes del mismo presente, permitió restituir el pasado en tanto que tal y comprender que el presente era solamente uno de los pasados posibles. La emancipación no trajo, sin embargo, solamente grandes ventajas sino que aparejó al mismo tiempo una autonomización en la que ese pasado parecía no ser capaz ya de decir nada acerca del presente. Como observó una vez Delio Cantimori, no se trata de saber si existía o no la incredulidad en el siglo XVI sino de comprender cómo se pasó de la credulidad a la incredulidad. Si el historiador no puede encontrar una forma de vincular ese pasado con el presente, ¿cuál sería el sentido de estudiarlo? ¿Un retorno a la anticuaría? La pregunta puede desplegarse en dos sentidos. El primero es individual: qué respuesta nos da el estudio del pasa-